

á los pueblos redimidos, como lo va siendo León, únicos y verdaderos grandes señores merecedores de habitar donde no pudieron residir, sin cometer profanación, los déspotas y los fariseos.

León.

ORO SIN CUÑO

Recio de contextura, aunque no tanto como de espíritu, es el profesor Díaz Canseco, digno sucesor del gran Barrio y Mier en la cátedra de Historia del Derecho en la primera Universidad española. Toda una vida consagrada al estudio, pero no sólo de los libros, sino de la vida misma de las instituciones y de los pueblos, en su evolución y desarrollo, da testimonio de que es hombre de iniciativas al modo latino, y de investigación al estilo alemán. Suele acompañarle á solazar sus horas de asueto el alcalde de León, D. Alfredo Barthe, abogado de gran cultura, enamorado de las cosas de pensamiento, devoto, como de la prosperidad leonesa, de las viejas glorias castellanas.

Es á estos estudiosos á quienes he rogado que me acompañen á visitar el Archivo municipal. La primera impresión no puede ser más favorable. Aquello «no parece revestir carácter oficial»: todo luce limpio, ordenado, catalogado escrupulosamente, registrado hasta en sus detalles más nimios dentro de anchurosas cajonerías; al menos docto es facilísimo hallar las papeletas de cuanto requiere ó busca, por años,

por asuntos, por orden alfabético. El Archivo hace honor á León. No necesita sino que la ayuda oficial sea patente en una cantidad mínima que haga posible la publicación de sus más ocultos tesoros, cooperando de tan fácil manera á la reconstrucción de la verdadera historia de España, que, pese á los registradores de fechas, apologistas de monarcas y soñadores de batallas, está por hacer.

Ante los libros de actas, las comunicaciones, los reales despachos, los pergaminos que ostentan sus maravillosos y sugestionadores sellos cerúleos, de extraordinario interés arqueológico, nos invade una vaga unción mística, un misterioso y devoto recogimiento. Allí está nuestra vida municipal, la entraña misma de nuestro Derecho, el vagido primero de nuestras libertades y, tal vez, el secreto, el ensalmo de toda nuestra regeneración. Se acerca uno á los caducos estantes y á los despellejados infolios como el oficiante al libro ritual. ¿Qué es lo que se quisiera escudriñar? Todo. Pero no hay tiempo, y se experimenta la tristeza de la fugacidad de las cosas, y la pobreza de nuestros medios personales de estudio, y nuestra penuria de datos sobrios y reveladores. Unas cuantas horas dan muy poco de sí. Hay que volar sobre nuestro pasado como sobre la flor la libélula; eso sí, agitando las alas con el espasmo intenso de lo sublime.

Allí nace León, con su estrecho y fortificado recinto, sus sólidas murallas y su puerta pretoria. Es la ciudad militar primitiva, asediada siempre, perdurablemente fuerte y heroica. Con ella nacen las mercedes y privilegios, ganados frente á las huestes semi-bárbaras de los musulmanes. Se la ve después, cuan-

do el enemigo ya está lejano, evolucionar, *desromanizarse*, crear el mercado en sus aledaños y protegerlo luego con la nueva muralla de Alfonso XI, más con carácter comercial que civil, y, por fin, se contempla al auténtico pueblo leonés haciéndose fuerte, semisoberano, é imponer su veto á los reyes mismos con la austera severidad de quien es dueño de sus destinos.

Dentro de la Iglesia Mayor, el 21 de Julio de 1418 ante el juez y los regidores de León, presentóse gentil Juan de Barros, escudero de á caballo de la realeza de Don Juan II, el cual exhibió carta del Soberano, en que se comunicaba que, habiendo ya muerto la reina Doña Catalina, su madre, no quedaba ninguno de sus tutores, y que, por tanto, los Grandes del Reino que con él estaban habían acordado que tomase el regimiento y administración de sus Estados. Después desto, reuniéronse el juez y los regidores, previo llamamiento por tañidores y añafles, dentro de la Iglesia del Santo Sepulcro, y dijeron: Que obedecían la carta del Rey, «pero que bien sabían los dichos Grandes que la ordenanza de derecho y costumbre antigua era que cuando tales hechos ocurrieran y tales mandamientos se hubiesen de hacer, se hicieran saber primeramente á todas las ciudades y villas del Reino, para que ellas enviasen sus procuradores, y juntamente con los del Concejo, ordenasen lo que fuese útil y provechoso, y que, por no haberlo así hecho, agraviaban dichos señores á la ciudad de León, cabeza de su Reino y la segunda en prerrogativa.»

Nuevo testimonio nos procura esta tenacidad y entereza en el sostenimiento del propio derecho de que, contra lo que vulgarmente se cree, el Municipio

castellano no es el romano, ni tiene que ver con sus curias; antes bien, renació en Castilla todo el espíritu germánico é hizo germanizar y evolucionar en él todas sus instituciones populares.

Y aun las Asociaciones obreras hallan su precedente en estos fecundos siglos, tan mal estudiados. Una carta del Cabildo de los Obreros, expedida en 1397, nos lo dice con su peregrino lenguaje: «E nos reconocemos á Alvar Pérez como tal compañero natural de moneda. E rogamos á todos los cabildos de los obreros e monederos del señorío e de los maestros e á los guardas e á los alcaldes, que, cada que el dicho Alvar Pérez acaesciese, que lo recibades e hayades por compañero natural de moneda e la dedes cuenta de todos sus derechos bien e cumplidamente, así como los diéredes e todas tenudos de dar á los otros compañeros, e non le sea fecho embargo alguno por razón de yantar.»

¡Qué tristeza despedirse tan pronto de este noble y portentoso arsenal, de este glorioso archivo, en que late el genio vivificador de la Patria! ¡Qué melancolía ausentarse sin leer, sin escudriñar, sin rasgar la venda que cubre nuestros ojos! Se envidia á estos amables y pacientísimos eruditos que han pasado la mitad de su vida revolviendo datos y antecedentes, aspirando el vaho de los terruños ásperos y heroicos, gozando de la visión de una España dramática y austera que suena á tintineo de doblas untuosas y de *Excelentes* amarillos, á brusco cierre de arcones claveteados, en que hay signos heráldicos ancestrales, á choque de cazoletas repujadas y á gritos de emancipación...

EL BARRACÓN

Es necesario recorrer la zona minera. Hay magnificencias que deslumbran y odiosidades que golpean el cráneo con la maza del arrebato ciego. Hay destellos en las facetas de las cristalizaciones oscuras y en las miradas de los mineros. La naturaleza es abrupta. Montañas de verdor lujurioso han sido cortadas á pico y muestran sus entrañas areniscas cortadas á cercén. Aquí y allá, se destacan las vetas rojas por donde desangra la codicia el planeta. Por todas partes, bajo un cielo plomizo, se precipitan por el alambre inclinado los baldes; las vagonetas sustentan su carga parduzca y caminan rieles abajo, como impelidas por una mano invisible. Oscuras hendiduras son socavadas por grupos de hombres medio desnudos, armados de piquetas, puestos en el riesgo inminente de un horrible desplome. Trabajo de topo, labor de marsupial, faena incesante de roedor medroso y astuto es la de los siervos, cuyo esfuerzo suple á la máquina, cuyo sacrificio sustituye á la explosión de la dinamita. Trabajan como debieron trabajar los primeros parias que horadaron la tierra para registrar su alcancía. Horadan y quedan enterrados un día bajo los enormes y grávidos peñascos, sin epitafio, sin cruz de ramas, para que los que visiten su tumba ignorada admiren, no su tesón ni su sufrimiento, sino el capital que mantúvolos siervos y los sepultó mártires.

De trecho en trecho, apílase el mineral para ser

transportado. A lo lejos, una columna de humo se esparce densa sobre los campos, aplastada por la presión de una atmósfera tibia. No lejos, aparece la cómoda y confortable vivienda del contratista, con sus adosamientos de jardín y de establo y su zaguán espacioso burgués. Más allá, construido con piedras informes, tablones roídos, desvencijado, sucio, maloliente, está el barracón.

Allí, hacinados como animales en piara, descansan los obreros, si es descansar yacer amontonados en infame promiscuidad de sexos y de edades, en amalgama odiosa y repugnante contubernio, sin luz, sin aire, sin espacio y sin grato silencio. Es su albergue —entendedlo bien— *obligatorio*. Primera condición de su contrato suicida es habitar aquella pocilga y adquirir los alimentos inmundos, agusanados, que expende el cantinero ó el contratista á elevado precio. La previsión del *amo* ha ido esta vez bien lejos. Calculado el jornal y el coste mínimo del alojamiento y del condumio, no debe quedar á fin de semana ni un solo céntimo al explotado. Firma vales, y, con ellos, se le salda la cuenta. Si tiene familia, que la abandone; si hay hijos, que se busquen el pan. ¡Granujal! ¿Qué culpa tienen ni el capataz ni el contratista de que consuma y precise tanto? A lo mejor, se permite una libación como un invitado á los festines de Capua. Tanto, más tanto, cuanto. Su factura está liquidada. No puede cobrar.

Y no cobra nunca: es, sencillamente, un esclavo; pero un esclavo sin lecho y sin refrigerio en la ergástula, porque no vale un solo séxtercio. Al potro se le engorda, porque llega la feria y se le vende; al buey se le cuida, porque puede tributarnos su piel y su

carne; pero el obrero, ¿de qué sirve? Los mismos antropófagos desdeñarían su dermis rugosa y sus huesos sin sinobia y sin tuétano; sus músculos atrofiados por el esfuerzo; sus carnes, que deben, sin duda, saber amargas, como el llanto, cual la ponzoña, como todo lo triste, solitario y grande, como el zumo de los frutos tempranos, como el sorbo de las aguas del mar.

Es un *libre* contrato. ¿No quiere el miserable trabajar? Que no trabaje. El Mundo es muy ancho: puede comenzar el éxodo sin guía y sin maná, sin tablas de la ley y aun sin divinidad que le acoja; caerá por las veredas hambriento; aullarle han los canes, y lapidarlo los mendigos. ¿Prefiere ser razonable y trabajar? Allí está la herramienta y la socavadura pronta al desplome; más allá, el barracón le brinda su recinto lóbrego, hediente á secreción, envenenado de aliento humano. Allí puede devorar el pan de maíz que se deshace en polvo terroso, el tocino agusanado y viscoso, la legumbre podrida. Y nada más; el chorro de la fuente es también un deleite cuando asoma en la lejanía y cuando, al aproximar á él sus fauces sedientas, no tiene el mísero que apartar con sus manos el sapo, para lametear de bruces en la verdosa charca.

Así vivirá y morirá; no esperéis en sus ojos el fulgor que describe, en los del esclavo, Terencio; no en sus ademanes el regocijo que muestran en Plauto los protagonistas de *Aulularia* ó *Casina*; es triste, triste, porque ha vislumbrado la libertad, porque se llama ciudadano, porque ha oído hablar de familia, de mujeres cuyos besos abrasan, de niños que saltan sonrientes en las rodillas, de lechos muelles y de

almohadones esponjados, y de banquetes en que brinda al sueño el triclinio, y fuentes que manan y ríen en tazas de alabastro, y selvas que murmuran los virgilianos espondeos.

Su horizonte, su alcázar, su vivienda, es el barracón. Pero, una vez cada ocho días, puede acudir á la iglesia lejana, que alza la mole de su torre sobre masas de sillería, á oír contar cómo hace muchos siglos quedaron redimidos los hombres. Y, una vez en la vida, puede llegar hasta la ciudad á ver cómo edifican lujosas viviendas, parques sombríos, rumbosos umbráculos, naves gallardas, fábricas poderosas, los que, después de explotar en la zona minera á los miserables, hablan en la ciudad del respeto á la ley de Dios y á la propiedad sacrosanta.

Zona de Galdamés.

ASTILLEROS HUMANOS

Una fragata bien recortada, de palos robustos, pero de corta eslora, un juguete de hierro pintado de blanco, que monta veintitantos cañones: eso os dirá cualquiera que es el barco-escuela de guardias marinas alemanas, anclado en el Abra desde hace dos días. La he visto desde las rocas de Santurce, y, merced á un prismático de buen alcance, he podido mirar á los alumnos moverse sobre cubierta, de un lado para otro, con la barba cuidadosamente rapada, y la doble botonadura de oro sobre el negro y flameante uniforme.

El cielo, diáfano en el zenit como un fanal rosado, iba, gradualmente, empañándose en el horizonte en densas neblinas; sobre este fondo blanquecino, se destacaba la arboladura de la *Stoch*, no como algo amenazador, sino más bien como un prodigio de elegancia, de ligereza y de gallardía, como un alarde, en fin, de la industria moderna.

Junto á la banda de estribor ha atracado una lancha; sin duda, iba tripulada por alguna autoridad española, porque de la *Stoch* se ha elevado un cúmulo de vapor blanquecino, y, en seguida, he escuchado los secos y rotundos estampidos de algo así como un cañón de juguete. Con la fantasía, he colocado entonces tras de la fragata alemana uno, dos, veinte acorazados imaginarios y, luego, muchos cruceros, blancos también, con las bocas de acero negras. Alrededor, me he fingido multitud de naves pequeñas, torpederos, destructores, submarinos... ¡qué sé yo! Y me he dicho en seguida: «Esto sería el poder naval.»

Después, he colocado sobre los topes de todos aquellos barcos fantásticos la bandera española. ¡Cuán fuertes podríamos ser! Un sacrificio más, y dispondríamos de la verdadera escuadra invencible. Algo me acongojaba, sin embargo; era una tenaz preocupación: por la mañana había oído decir á un marino que un cañón de veintiséis no podía sufrir sin deterioro más de ochenta disparos; que un barco, á los veinte años de construído, era viejo, como los viciosos precoces. Ello suponía, no ya un sacrificio, sino ciento, mil, todos los sacrificios imaginables. De todas suertes, he experimentado complacencia; he guardado el antejo, pensando que había visto lo que sería nuestra escuadra el día en que todos los

ciudadanos sintiéramos revivir en nuestro corazón el fuego de Lepanto, y en nuestra frente, la decisión inquebrantable de Bazán y Churruca.

He caminado después ribera arriba; volvía la espalda al fulgor del crepúsculo, y miraba enfrente la noche. Sobre un fondo plumizo, los edificios aparecían iluminados por la proyección de la luz muriente como por reflejos de incendio. La luciérnaga del faro de Las Arenas se había encendido, y parpadeaba como un gusano de luz en las hierbas húmedas ó como el nácar de las conchas en la marisma. Caminé mucho tiempo así: una hora, dos, no sé cuánto. Sentía verdadera fatiga, y me senté en una piedra del camino. Había ya cerrado la noche; miré á la izquierda, y vi la mole majestuosa de las nuevas escuelas de Basurto.

Hallaba frente á mí un cuadro deprimente y desolador. Junto á la puerta de un cafetín, merendero ó taberna, que de todo tenía el tal tugurio, dormitaban, tendidas en tierra, varias cargadoras descalzas; caía su cabello desgredado sobre los hombros, lacio y mate; rasgábanse sus faldas descoloridas en harapos; un hedor insoportable se alzaba del grupo; hedor á barro, á humedad, á podredumbre y á algas corruptas. Más lejos, diez marineros ebrios canturreaban no se qué salmodia. Tres ó cuatro bigardos acompañaban el vociferar de los ebrios con imprecaciones, carcajadas, blasfemias y gritos. Ahuyentado por tan poco grato espectáculo, me aproximé á la ría, y oí distintamente el rumor de las aguas, agitadas por una hélice rápida y vigorosa.

Pasaba una lancha de vapor; la tripulaban varios marinos alemanes, que volvían á bordo; su cara era

risueña; su tez, limpia; su cabello, cuidadosamente recortado; sobre sus blusas immaculadas se destacaban lucientes los encintados y las botonaduras. Iban contentos, pero silenciosos, como ordenaba la disciplina. En sus rostros se leía salud, fuerza, inteligencia, vigor. Sin querer, volví la cabeza maquinalmente hacia el grupo de nuestras desmedradas gentes de mar.

Seguían débiles, sucias, ebrias, adormiladas, roncas, en su indescifrable y tosca canturria. Comprendí por primera vez que en Europa iba á pasar algo grande y definitivo.

Pero reaccioné. Levanté la cabeza, y miré, á través de las sombras, las nuevas escuelas de Basurto.

Nuestra Marina de guerra estaba allí.

Santurce, Septiembre 1903.

LA CARTUJA DE MIRAFLORES

¿Es verdad que los cartujos no hablan? He aquí la pregunta que se hacen todos los visitantes del famoso convento que sirvió un día de antesala á la mansión de Enrique III: tan magno es el esfuerzo que hay que realizar para dejar de exteriorizar voliciones é ideas. Un cartujo se nos antoja un ser extrahumano. Los discípulos de San Bruno parecieron ángeles á Rivadeneira, y monstruos á Renán; para renunciar al don inestimable de la palabra, hay que colocarse muy por debajo ó muy por encima de los demás mortales.

Arlanzón adelante, paso firme á través del Soto flo-

rido, hemos pensado esto mismo, y nos hemos estremecido, como ante un lugar de misterio y leyenda, frente al ingreso de la Cartuja. En vano hemos intentado deleitarnos con la contemplación de las líneas severas del vetusto edificio, de sus ajimezadas fenestras, de sus pináculos airosos de resaltados brotes, de su delicadísima crestería y sus bizarras y fantásticas gárgolas; no hemos pensado sino en la dura regla inflexible que condena al silencio á hombres de hueso y carne. Los arcos escarzanos del pórtico; el patio orlado de airosos pinabetes; el fastial que sostiene bajo el lambel al ángel guardián; el arco de ingreso, flanqueado de caladas agujas y fileteado de cardinas y juncos, apenas si han atraído nuestras miradas. En nuestra imaginación no tomaba cuerpo sino la figura, todavía no entrevista, del monje tácito, apenado por la renunciación, herido por la sensación del candente recuerdo, atormentado por la carne, debilitado por el ayuno y quién sabe si atenaceado por la rebeldía; pero mudo, aparentemente impasible, disimulando bajo su capucha la tempestad del cráneo, tapando con el escapulario la tormenta cordial. Anhelábamos verlo á toda costa, observar su rostro demacrado, leer en sus pupilas el destello de la pasión mal domeñada, buscar en el temblor de sus quijadas la cólera ó el frenesí, el amor ó la envidia, la pena ó la tortura. Y entramos.

El superior hablaba. Se desataba en cálida verbosidad su numen, y todos lo oíamos absortos. Nos mostraba la reja de San Francisco, triste y fúnebre, en las cercanías del coro de los legos; los prodigios de la sillería de mayores, con sus regias cimeras y cresterías treboladas; el sitial del prior, con su gigantesco é

imperial respaldar; el retablo famoso del ábside y, sobre todo, prolija y detalladamente, las tumbas. La Historia pasó por sus labios delante de las de Don Juan II y Doña Isabel de Portugal, bajo cuyas cabezas se ablanda la piedra en mullidas almohadas, y sobre cuyos cuerpos yacentes parecen resonar las estrofas adoloridas de Jorge Manrique, y las turbulencias del reinado de un rey doliente; la Arqueología halló en su voz varonil inspirados acentos ante el sepulcro del buen infante Don Alfonso, en donde campan los escudos de Castilla y León, sostenidos por dos tenantes; en donde, en su hornacina primorosa, ora el hermano de Doña Isabel, sobre lises y granos de aljófara, las manos juntas sobre las mangas acuchilladas, recto el torso bajo el tabardo; la gorra de piel abullonada, colgada á la espalda; el Arte y la Leyenda se desbordaron con su elocuencia ante el pasmoso y soberbio retablo, y, después de ponderar su magnificencia genial: «Aun nos falta—dijo—admirar la joya más soberana: es San Bruno. Ella es tal, que no parece sino un monje vivo: sería menester tocarlo para convencerse de que no es de carne.»

¿Cómo fué? Ello es que, una vez oídas estas palabras, una adolescente, una de las visitantes del monasterio, ingenua, bellísima, en todo el esplendor cándido de la nubilidad, se separó del grupo y comenzó á recorrer, sola y llena de curiosidad infantil, las naves. ¡Oh, sorpresa! Arrodillado en una capilla, había un monje, quieto, inmóvil, como si fuese tallado en piedra; las manos, juntas; la cabeza, inclinada, insensible á la realidad, como si se hubieran petrificado por el éxtasis y la contemplación sus músculos. ¡Y la cándida niña creyó que era San Bruno! ¿No

se le había dicho que la escultura era tan prodigiosa que, para distinguirla de una figura real, era absolutamente preciso tocarla? Comenzó á dar vueltas alrededor del fraile, sobrecogida y temerosa; luego, fué acercándose, le miró á los ojos, y el devoto siguió impassible y sin pestañear. Fué entonces cuando la pobre ingenua se atrevió á colocar sobre su frente calenturienta un dedo.

Y el fraile alzó los párpados atónito. La adolescente lanzó un grito. ¡San Bruno se movía! Debió sentir de pronto el contacto, acaso la amenaza siniestra de lo inexplicable, sobrenatural.

Y el fraile... ¿Qué experimentó al contacto de la mano afilada y ebúrnea de la casta doncella? Tal vez creyó en una aparición celestial; acaso en una sugestión culpable, diabólica. Se levantó, y, reposada, silenciosamente, se encaminó á los claustros.

Y así se verificó la conjunción de dos universos ideales: el del amor y el de la renunciación solitaria; el de la vida y el de la muerte; el de la virginidad y el de la virilidad, castrada por la penitencia: mundos separados por el misterio, por la taciturna y mística disciplina y, sobre todo, por el silencio.

El silencio, que será siempre incomprensión y choque entre las almas; porque el Verbo es el que acertó á condensar y vivificar los planetas, y á redimirlos hecho carne. Y así, es la palabra amor, inteligencia y fecundidad.

SOLEDAD

Han vuelto los días fríos, nubosos, en que un cierzo furioso azota, y ruge, y lagrimotea. Han vuelto las tardes grisáceas con sus cadenciosos silencios y su olor acre á tierra húmeda. Y ahora es cuando los jardines nos parecen más solitarios y melancólicos, con sus ramas medio peladas, en que aún modulan su postrar arpegio los últimos pardillos. Y ahora es cuando se muestran más grandiosas las playas desiertas, en donde vierte el mar sus alborotadas espumas, y en donde las gaviotas pasan rozando con su pecho robusto la superficie del mar, en que flotan las algas, dejando escapar de él, en notas agudas y estridentes, el grito gutural y lastimero del Otoño.

Y ahora busco yo el mar: me complace recibir en pleno rostro la aspersión y el beso de las húmedas ráfagas, y en mis oídos, el ruido cadencioso y monótono del agua batiendo la costa, que tiene algo entremezclado de sollozo y bramido. Porque, al llegar el tiempo en que todo recuerda y evoca, al aproximarse los crepúsculos cárdenos en que todo nos habla de lo que fué, en que cada murmullo parece una queja y cada nuevo rumor un psalmo, quiero estar solo.

*

Solo; ¿y en dónde? Sobre el mar destaca su par-
duzco triángulo isósceles una vela latina. En la costa,
la barraca levanta su rojo albardín. Una bandada de

pinzones pasa por encima de mi cabeza con ensordecedor griterío, y acude á refugiarse en el faro. Y una columna de humo azulado, elevándose sobre la línea serena que parece unir el cielo y el mar, anuncia, al espesarse en vellones, que sobre la llanura líquida que se extiende á mis pies resbala el transatlántico, y, en cerrado en su seno rugiente de acero, se acerca el hombre.

Luego, se oyen risas y charloteos; una turba de escolares baja hasta la playa, y juega, y corretea, y alborota, y discute; habla de sus proyectos, ¡que serán tantos!, y de sus alegrías, de las clases, que abren sus carcomidas puertas, y de los huertos que les brindan sus sazonados frutos, de Nerón y de Carlomagno, de las Leyes de Toro y de Justiniano, de las leyes de Berthelot y del cálculo iufinitesimal. Todo eso, para ellos, es algo profundo, verdadero, un mundo colosal henchido en promesas; y las sombras se extienden, y las negras siluetas avanzan, y estalla en los aires el grito del ave nocturna, y la vela latina se pliega, mientras sobre el espejo movable en que flotan las algas, asoma amarillenta la Luna, como un planeta muerto cortado á cercén por el sable profético de Mahoma ó, mejor, como una inmensa, perdurable y pálida negación.

✻

Me retiro hacia el bosque de álamos que se inclina en rampa, como una turba de gigantes sombríos pronta á lanzarse al mar á la conquista de continentes imaginarios. Todos extienden sus brazos retorcidos y abiertos hacia la costa, y sus troncos se inclinan hacia adelante, como si fueran á precipitarse sobre

los restos de un naufragio. Más adentro, se espesa la umbría, y, bajo los pies, cruje la hojarasca como una alfombra de titanes. El silbido del viento en las espadañas de un arroyuelo recuerda la flauta de Oberón. Después, las ramas se entrecruzan, la marcha es más penosa, y todo cierra el paso, invitando al descanso sobre un lecho mullido de hojas, briznas y pétalos.

Y ni aun allí estoy solo. Una pareja enamorada repite en voz baja y susurrante el cantar erótico de los siglos; en el diálogo hay, sin duda, frases que acarician y palabras que besan. Y en el tronco del árbol, resuena un chasquido, y otro en los labios, como si bajo la corteza del roble se besaran los átomos, y en la boca de los enamorados se reconcentrara la savia.



Todo me habla; todo me rezonga al oído cosas que quisiera olvidar. El mar, altanero, con su golpeo de espumas; el bosque, con su rumor de frondas; la playa, con su vuelo de pájaros. Hay que subir la empinada cuesta y llegar hasta la ciudad, que encendió ya el fulgente hormiguero de sus mil luces. Al acercarme á ella, los arcos voltaicos parecen, primero, débiles y semiocultas luciérnagas; luego, linternas azuladas, y, por fin, lunas redondas y majestuosas, multiplicadas por inexplicable espejismo. El rumor se convierte en ruido; el movimiento, en agitación. Las calles resplandecen al fulgor de las deslumbradoras vitrinas; circulan coches y tranvías en confusión abrumadora; las gentes me empujan, me sofocan y me apartan con brusquedad. Toda una población moderna desfila ante mis ojos, alegre, despre-

ocupada, jocunda. Cada cual habla de sus negocios del día siguiente, de sus proyectos á realizar, de planes que nadie sabe si habrán de frustrarse; ninguno, tal vez, de recuerdos y de imágenes que se esfuman en la lejanía de los años.

Una debilidad como de fatiga, de agotamiento, de prematura senectud, me invade en el seno de la colmena en huelga. Veo pasar por mis pupilas algo así como redes que me anuncian una lóbrega y desconsolada ceguera. ¡Ceguera de los ojos, después de tanto deslumbramiento prodigioso de espíritu! Nadie me ve; nadie me conoce; ni un solo hombre de los que me rodean sabe que sufro, que yo también he amado y vivido. Me apoyo vacilante en el muro, y contemplo á las gentes indiferentes con estupor. Todos pasan sin hacerme caso, hablan y sonríen. ¡Ahora sí que estoy solo!

SEPULCROS DE REYES

Un sabio médico y arqueólogo, D. Francisco Simón, registró no ha mucho la sepultura de Don Pedro I de Castilla; como Cuvier reconstituyó el animal antediluviano, Simón, con los huesos del amante de la Padilla, reconstituyó el sujeto físico y moral. Su juicio es aplastante, definitivo: Don Pedro no fué ni el Cruel ni el Justiciero: fué el degenerado, el imbécil y el criminal nato. El folleto publicado con los resultados del examen espera en vano contestación. Si pudiera hacerse lo mismo con los restos de to-